



II

Atardece... ¿Atardece o anochece? Horrible duda que me obliga a escribir ambos verbos, para que cada cual escoja el que halle más apropiado o encuentre más a su gusto.

Para mí, que confieso no estar muy versado en estos tiquis, miquis poético-literarios, tanto me dá que sea lo uno como lo otro: el caso está en que se trata de los momentos precisos en que el rubicundo Apolo se dispone a ahuecar el ala para irse a tostar otros lugares, dejándonos jadeantes y con la lengua fuera, como galgos en carrera de liebres, por lo que se impone, antes de adoptar otras medidas, la inmediata de ponerse bajo una fresca ducha y luego de bien enjugados, perfumados y vestidos de limpio, echarnos a la calle, mejor en auto que a pié.

Esto, naturalmente si hay para lo primero, que aquí no es difícil lograrlo, bien porque no falte un amigo que lo tenga y nos lleve, o porque dadas las facilidades que se dan por los vendedores para su adquisición a plazos, lo más que puede ocurrir es que, si dejan de cumplir los compradores sus compromisos—caso muy corriente—vuelvan a ser de infantería los mismos que el día anterior iban haciendo creer a los incautos, que eran unos Fúcares o descendientes por lo menos de otro potentado de esos, que han dejado fama en el mundo por sus dispendios, como, por ejemplo, el tradicional duque de Osuna, del que se empieza a contar y no se acaba.

Sin escarceos sutilizados sobre el término del más ajustado encaje, la realidad lo que dice es que la tarde va cayendo, permitiendo Febo yá que se le mire cara a cara. Su mofletudo sem-

blante, enrojecido como el de un marinero beodo, de los que pululan por la Plaza de Goiti en espera de un carromatero que lo desvalije, deja ver una amable sonrisa en encojimiento nasal y guasona guiñada de ojos, al despedirse en lenta, grave, pausada marcha hacia abajo, hasta zambullirse en las aguas, saladas, porque escupió en ellas mi niña, según la copla.

Ya desapareció del horizonte, pero aún sigue luego un halo que se extiende en suave desvanecido desde la línea de su ocultación, nacarado en difuminosos matices, gualdo, rosa, esmeraldino y grana, veteados por rutilantes estrías que atraviesan las algodoadas nubes, plateadas por abajo y aplomadas y hasta negras por arriba, las que van a sumirse completamente deshechas en el inmenso cobalto de la bóveda, por un boquetito de la cual se asoma chisporroteante el lucero vespertino.

Queda envuelto el paseo en una penumbra que dura poco, porque la ciencia del hombre hace que brote la luz así en la tierra, como en el cielo, según está dispuesto por el Creador, y a los luminare de los mundos sidéreos súmeranse los focos eléctricos de este mundillo sublunar en blanca y brillante línea extensa, como una vía láctea terrena, que partiendo del amazotado Club de los *Elks* y como huyendo de las nada gratas emanaciones del mar en sus aledaños, se corre en la ondeada dirección que señalan los puntos brillantes de sus bombillas hasta donde ha llegado el terraplenamiento de aquella zona, con

promesas de seguir adelante, aunque sin determinar la fecha de cuando esto ocurra.

Correorean de aquí para allá lucecitas, simulando estrellas erráticas, produciendo rápidos cambiantes de luz y obscuridad, que ciegan en ocasiones a la gente de a pié: son los autos que, como siempre, sus dueños o *chóferes* creen que los caminos, las calzadas y las calles son exclusivamente para su uso y aun mejor para su abuso y si a algún peatón distraído o aturrullado le convierten en tortilla, que se aguante y si quiere evitar atropellos que se quede en su casita.

En los días laborables, o la gente no siente el calor tanto o sus ocupaciones no la permiten el esparcimiento de estirar las piernas, sanear el aire enviado de sus pulmones o lucir el físico, que de todo hay en la Viña del Señor.

En lo de las ocupaciones y por lo que a la mujer atañe, es esplicable su ausencia en cierto modo. Hoy, que ya hace todo lo que hace el hombre hasta el límite que el sexo señala, no dispone de muchas horas de derroche para lo que los aficionados a trastocar el idioma con procedencias extranjeras, llaman *flanear*. El ir a la oficina las jovencitas, que con darle gusto al dedo manejando el teclógrafo, junto con la lectura de *magazines* cinematóicos y el trato íntimo a que las obliga con sus jefes el interpretar taquígraficamente lo que estos las digan, las ofrece un risueño porvenir, que empezando por disponer de fondos para vestirse como figurines, concluye a veces con la marcha nupcial de Mendelshon, ya resta naturalmente tiempo a las pobrecitas.

Luego, cansadas del trajín de la oficina, como hombres... hasta cierto punto, hay que ver que no pueden olvidarse de que son mujeres y que tras un día de trabajo viene siempre bien una noche de distracción, con algún amigo, ya acompañándose de él para ir a entrenarse en la vida del gran mundo con una película de Greta Garbo—el gran libro de texto para los centros de enseñanza—esparciendo el ánimo en una agradable cena—excluidas fastidiosas personas mayores,—con remate de unas vueltecitas de jazz en un *cabaret* de postín o uno de esos incontables bailes que celebran todas las noches las más incontables agrupaciones que se dedican a tal ejercicio gimnástico al jesticulante compás de una orquesta de saxafones, tambores y repico-teantes cornetines en los salones de los clubs destinados a tan exclusivo objeto, que biblioteca faltará, pero salón de baile, ¡imposible!

Si de las del estado de merecer se pasa a las que ya saben lo que han merecido o sean las

que entran en la respetable corporación de madres de familia, con las restricciones, por supuesto, recomendadas por Malthus, tan acordes con el modo de ser del presente siglo, que ya hay países que pretenden que se enseñe en las escuelas la conveniencia del *bird control*, tampoco las faltan ocupaciones en días distintos de los domingos.

Hay deberes ineluctables impuestos por el código social, como cenas de etiqueta; reuniones de damas para alguna obra benéfica que ponga en aprieto los bolsillos de los hombres; visitas de cumplido, *at homes*, banquetes de despedida a las que se van por esos mundos y de bienvenida a las que regresan, partidas de *bridge* o de *maj-john* y por último ¡*le dernier cri!* los *cocktails teas*, que han destronado a los antes tan aristocráticos *teas parties*, sin contar expediciones a algún pintoresco sitio cercano, la concurrencia al Polo Club, las partidas de *tennis* y otros mil compromisos mas, que no cabe eludir si cada cual ha de estar en el puesto que su posición le marca o si no se lo marca, que haga creer a los demás que se pertenece a su clase privilegiada.

Por lo que va someramente expuesto, no hay que esforzarse gran cosa para hacerse cargo de que quien tiene que vivir así, no le ha de quedar gran margen en su existencia para perderlo en pasearse, que tareas son las apuntadas, por las que hasta se tiene que abandonar el repaso de la ropa a las costureras y la dirección de la casa a los criados.

Y demos de lado aquí, porque si nó sería el cuento de nunca acabar, el caudal de horas que han de dedicar a sin personas, las que tienen que asistir al *beauty parlor* para que les corten y ricen el pelo y además han de depilarse las cejas y despojarse del musgo axilar, alargarse las pestañas y sombrearse las ojeras y estucarse brazos, seno y rostro y darse o que las den masaje... ¡Hay cuerpo para semejante trajín!

Con lo cual está en cierto modo explicado que el Bulevard no se vea tan animado entre días de la semana.

GIL. A. MÓN.

Pasay, septiembre de 1930.



AFIASPIRINA
EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES